

Miembros del Senado y de la Cámara de los Representantes de los Estados Unidos, me siento muy honrado de que me hayan invitado a entrar en la Cámara del Senado de los Estados Unidos y a dirigirme a los representantes de ambas ramas del Congreso. El hecho de que mis antepasados americanos hayan participado en la vida de los Estados Unidos, y que aquí esté yo, un inglés, acogido entre vosotros, hace de esta experiencia una de las más emotivas y apasionantes de mi vida, la cual ha sido larga y no del todo carente de incidentes. Me hubiera gustado que mi madre, cuyo recuerdo conservo, estuviera aquí para verlo. Por cierto, no puedo obviar que si mi padre hubiera sido americano y mi madre inglesa, en vez de al revés, podría haber llegado aquí por mi mismo.

Estoy seguro de que hoy, ahora, somos los dueños de nuestro destino. Que la tarea que se nos ha encomendado no está por encima de nuestras posibilidades. Que sus padecimientos y sus esfuerzos no superan nuestra resistencia. Siempre y cuando tengamos fe en nuestra causa, y una fuerza de voluntad inquebrantable, la salvación no nos será negada. Como dijo el salmista: "Él no debe tener miedo de las malas noticias. Su corazón está firme, confiando en el Señor".

No todas las noticias serán malas. Al contrario, muchos golpes de guerra ya han sido asestados al enemigo -la gloriosa defensa de su patria por los ejércitos y las gentes rusas; en la tiranía y el sistema nazi se han infligido dentelladas profundas que han corroído y se enconarán e inflamarán no sólo en el cuerpo nazi sino también en la mente nazi. El jactancioso Mussolini ya se ha desmoronado. No es más que un lacayo, un siervo, un mero instrumento de la voluntad de su señor.

Mucha gente se ha sorprendido de que Japón se haya precipitado en una guerra contra Estados Unidos y el Imperio británico.

¿Por qué clase de persona nos toman? ¿Es posible que no se den cuenta de que nunca cesaremos de ir contra ellos hasta que hayan aprendido la lección que no olvidarán nunca ni ellos ni el mundo?

Aquí estamos juntos, de cara a un grupo de poderosos enemigos que buscan nuestra ruina. Aquí estamos juntos, defendiendo todo lo que es querido para el hombre libre. Por segunda vez en una generación nos ha tocado la catástrofe de una guerra mundial. A lo largo de nuestra vida han sido dos veces las que el brazo del destino ha alargado la mano a través de los océanos para traer a los Estados Unidos al frente de la batalla.

Si nos hubiéramos mantenido unidos tras la última guerra, si hubiéramos tomado medidas comunes para nuestra seguridad, este nuevo azote no habría vuelto a caer sobre nosotros. ¿No nos debemos el asegurarnos que éstas catástrofes no nos hundan una tercera vez a nosotros mismos, a nuestros hijos, a la atormentada humanidad?

No nos es permitido el escudriñar los misterios del futuro. No obstante, declaro con mi esperanza y fe, seguras e intactas, que en los días que están por llegar, los pueblos británicos y americanos andarán, por su propia seguridad y por el bien de todos, en majestad, en justicia y en paz.